



WORLD  
WARCRAFT  
THE WAR WITHIN

# TIERRAS ANCESTRALES

por ADAM CHRISTOPHER



4

La ELECCIÓN de MARRAN

## HISTORIA

ADAM CHRISTOPHER

## ILUSTRACIONES

BRUSH SAUCE STUDIO

## EDITORIAL

CHLOE FRABONI

## DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT

## ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

## CONSULTORÍA CREATIVA

CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

## PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,  
CARLOS RENTA, TAKAYUKI SHIMBO



© 2024 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard

Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



Mientras caía el crepúsculo sobre las Tierras Altas, Thrall contempló el oscuro paisaje desde su posición en lo alto de una de las muchas torres de vigilancia de Sentencia. A lo lejos, la noche se tragaba rápidamente la difusa sombra de la torre más alta de Stromgarde.

Thrall se preguntó cómo le estaría yendo a Jaina con la misión. Seguro que no peor que a él con la suya.

—¡Go'el!

No se volvió mientras Geya'rah subía por la torre de vigilancia. El calor de la ira lo asaltó de nuevo durante un instante, pero lo sofocó rápidamente. Había pasado horas en soledad, pensando sobre lo que había descubierto y lo que sentía al respecto. No estaba seguro de sus sentimientos, pero sí sabía que no estaba allí para pelearse con Geya'rah.

La líder de los Mag'har se apoyó en el muro junto a él. Podía sentir la tensión entre ellos, y no le gustaba.

Soltó un suspiro y se giró para mirarla.

—Perdóname.

Geya'rah inclinó la cabeza.

—Soy yo quien debería disculparse. Quería... decírtelo cuando fuese el momento adecuado. No deberías haberte enterado en pleno consejo de guerra. —Miró hacia arriba para encontrarse con la mirada de Thrall—. Lo siento mucho. De verdad. He permitido que la ira se apodere de mí.

—Yo también —dijo Thrall—. Pero lo cierto es que *estoy* enfadado. Sin embargo, sé que esta sensación se transformará en agradecimiento con el tiempo.

Geya'rah soltó una carcajada.

—¿Gratitud? Me parece que Aggra y yo deberíamos ocultarte secretos con más frecuencia.

Thrall sonrió.

—Eres un regalo, Geya'rah, de verdad. Un regalo que nunca esperaba recibir. Ahora sé que tengo una hermana, aunque venga de otro mundo y de una línea temporal distinta a la mía. Sé que no estoy solo. Sé que, gracias a ti, podré descubrir cosas sobre nuestros padres mientras tú y yo aprendemos cosas sobre nosotros.

—Durotan y Draka, por lo menos los que yo conocí, te habrían querido mucho —dijo Geya'rah con dulzura—, igual que me quisieron a mí. Antes no debí hablar mal sobre tu padre. Mancillé su recuerdo. Me entristece que nunca hayas sentido ese amor.

Thrall negó con la cabeza.

—Tuve la suerte de conocerlos durante un tiempo antes de que tú nacieras, y también de conocer al espíritu de tu madre en las Tierras Sombrias y de poder luchar junto a ella. —Volvió a negar con la cabeza—. Esos encuentros, por sí solos, me llenaron de gozo, pero ahora resulta que también tengo una hermana... Espero poder conocerte mejor y escuchar tus recuerdos de Durotan y Draka si no te resulta demasiado doloroso compartírllos. No somos más que la suma de nuestros recuerdos. Durotan y Draka siguen viviendo a través de nosotros.

Se hizo un silencio más cómodo.

—En cuanto a Aggra —dijo Geya'rah—... Por favor, no seas duro con ella.

Thrall asintió.

—Estas últimas horas no he pensado en nadie más que en ti y en Aggra. Sé que un secreto puede suponer una pesada carga. Y sé que no le correspondía a ella compartirlo.



—Eres una buena líder, hermana.

—Seguro que lo llevamos en la sangre.



Geya'rah inclinó la cabeza. Caminaron hasta el otro lado de la torre de vigilancia, una posición desde la que Thrall podía contemplar la plaza de armas de Sentencia. Incluso al caer la noche, los Kor'kron seguían ocupados con su entrenamiento.

—Eres una buena líder, hermana.

—Seguro que lo llevamos en la sangre.

Thrall suspiró. Aunque no quería hablar de ello, había asuntos más urgentes que atender.

—Tienes que hacerme caso, Geya'rah. He visto suficientes injusticias contra nuestro pueblo como para llenar toda una vida... O *varias*. Pero, por lo menos, siempre he intentado mantenerme fiel a un único camino y seguir un ideal al que pueda aspirar todo nuestro pueblo. —Señaló la actividad del patio—. A veces, ese ideal se consigue luchando. Pero, con más frecuencia, se alcanza mediante la paz.

Geya'rah negó con la cabeza.

—Marran no hablará con nosotros, Go'el. Le traen sin cuidado nuestros derechos sobre este territorio. Ni siquiera cree en nuestro derecho a *existir*. No se detendrá hasta que el pendón de Stromgarde ondee sobre esta torre de vigilancia... o hasta arrasarla hasta los cimientos. —Suspiró—. Cuando los Mag'har se enfrentaron a los vinculados a la Luz, al menos nos ofrecieron una elección.

Thrall asintió, buen conocedor de la historia a la que se refería Geya'rah.

—Tu pueblo es tu responsabilidad principal —dijo—. Eso no lo voy a discutir. Pero quiero proponerte ese desafío, Geya'rah: descubre lo que aflige a Stromgarde. Busca la fuente del dolor que les lleva a tomar este camino y quizá encuentres una solución mejor. Puede que Marran nunca elija la paz en lugar de la victoria, pero quizá el pueblo de Stromgarde sí que lo haga.

Dirigió la mirada hacia el lejano horizonte mientras las dos lunas de Azeroth, la Dama Blanca y el Niño Azul, comenzaban su ascenso a los cielos.

—No solo están en peligro las Tierras Altas de Arathi, sino toda Azeroth.

—Xal'atath —dijo Geya'rah—. Aggra intentó explicarme la situación mientras dormías. Me temo que no quise escucharla.

—Jaina conseguirá que Marran entre en razón. Lo sé.

Geya'rah apretó el puño.

—Me cuesta creer que Marran lo acepte tan fácilmente.

Thrall enarcó una ceja.

—¿Y qué me dices de *tí*?

—Te ayudaré, Thrall. Sabes que lo haré. Pero debemos librar una batalla que...

En la distancia resonó el ruido de un cuerno. Geya'rah se quedó paralizada un instante, pero luego echó a correr hacia el muro contrario. Thrall la siguió y no tardó en ver un jinete que avanzaba a todo galope por la calzada en dirección a las puertas principales. El orco sopló su cuerno de nuevo y, esta vez, recibió la misma respuesta de Sentencia.

—¡Jinete! —gritó Geya'rah mientras se inclinaba sobre el parapeto—. ¿Qué nuevas traes?

—¡La Séptima Legión y el ejército stromgardiano!

El lobo del jinete se alzó sobre sus dos patas traseras y lanzó un aullido hacia las lunas nacies.

—¡Se han puesto en marcha! ¡Nos atacan!

Una actividad frenética se apoderó del patio, debajo de ellos. En cuanto sonaron los cuernos de guerra, los Kor'kron y los Mag'har se reunieron y se organizaron rápidamente en varias compañías de jinetes. Thrall se volvió hacia donde estaba Geya'rah hacia un instante, pero ya se había ido. La desesperación hizo presa de Thrall al ver que los Kor'kron salían por las puertas, listos para la batalla.

—¡Thrall!

Mientras el último de los guerreros de caballería salía de la plaza de armas, Thrall vio que Eitrigg y Aggra le hacían señales. Se apresuró para reunirse con ellos, y los tres se estrecharon las manos a modo de saludo.

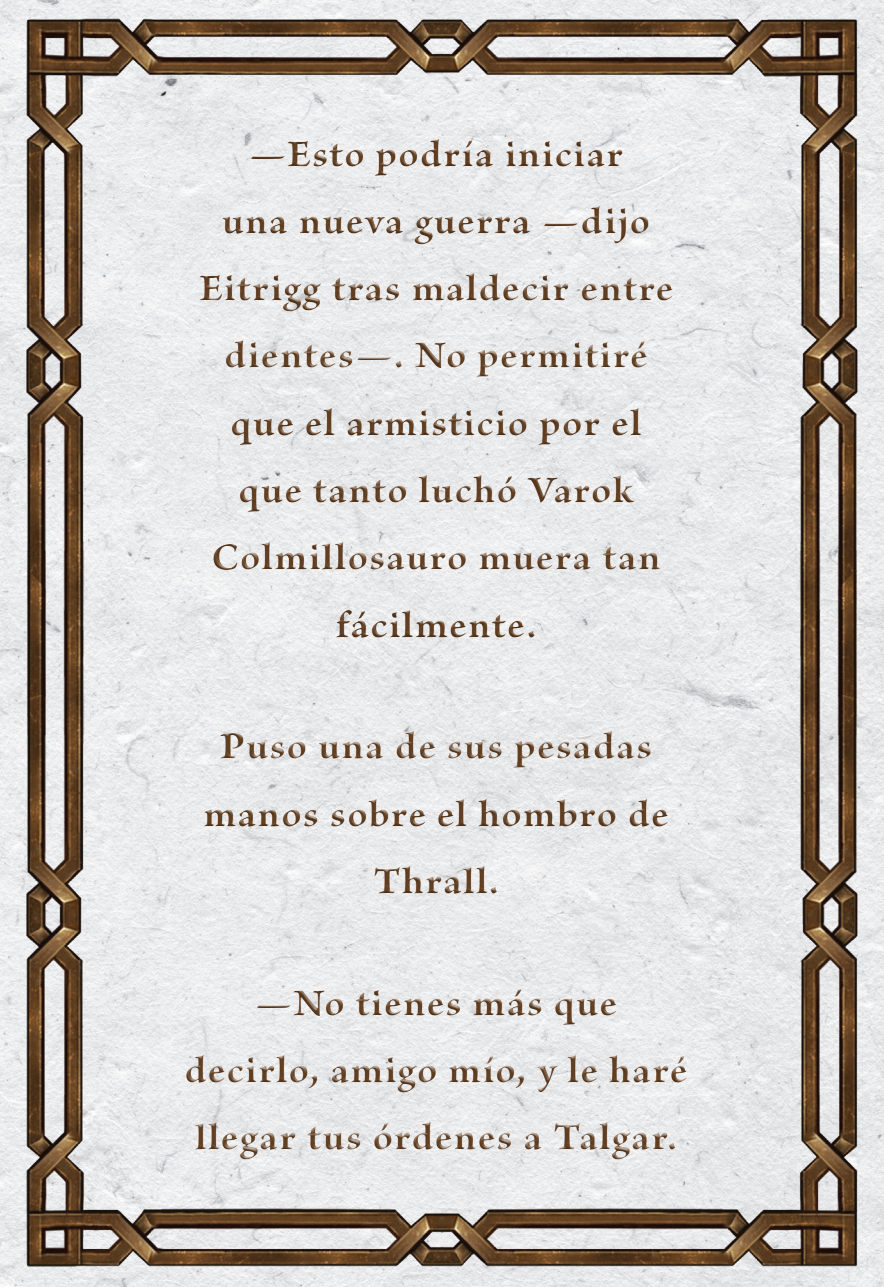
—Eitrigg está con nosotros —dijo Aggra—. Los Kor'kron se retirarán si tú lo ordenas.

—Esto podría iniciar una nueva guerra —dijo Eitrigg tras maldecir entre dientes—. No permitiré que el armisticio por el que tanto luchó Varok Colmillosauro muera tan fácilmente.

Puso una de sus pesadas manos sobre el hombro de Thrall.

—No tienes más que decirlo, amigo mío, y le haré llegar tus órdenes a Talgar.

—No —dijo Thrall de inmediato—. Aún no. Si cancelamos las órdenes de



—Esto podría iniciar  
una nueva guerra —dijo  
Eitrigg tras maldecir entre  
dientes—. No permitiré  
que el armisticio por el  
que tanto luchó Varok  
Colmillosauro muera tan  
fácilmente.

Puso una de sus pesadas  
manos sobre el hombro de  
Thrall.

—No tienes más que  
decirlo, amigo mío, y le haré  
llegar tus órdenes a Talgar.



Geya'rah no haremos más que sembrar el caos. Tal vez sea capaz de convencerla, pero debo ir con ella.

—Pues te deseo suerte, amigo mío —dijo Eitrigg.

El viejo jefe se alejó a la carrera mientras Thrall recorría la plaza de armas con la mirada hasta encontrar los establos de los lobos al otro lado.

—Ven —le dijo a su compañera—. Puede que aún tengamos una oportunidad.



Jaina despertó de repente. La sala estaba a oscuras, y reinaba en ella un silencio inquietante. Intentó incorporarse, pero el dolor atronador de su cabeza estuvo a punto de hacerle perder el sentido de nuevo. Cerró los ojos, contó hasta diez y lo intentó de nuevo. Esta vez, más despacio.

Fue suficiente. Vio que estaba en sus aposentos, pero ya había anochecido. Se palpó el cuello con cautela. El dardo de Zatacia solo la había rozado, pero bastó con eso para inyectarle una potente dosis de veneno somnífero.

¿O no? Porque ahora estaba despierta y, aunque era de noche, se dio cuenta de que los efectos del veneno habían desaparecido mucho antes de lo que había previsto Marran. Se acercó a la ventana y abrió las cortinas. Al otro lado se extendía una ciudad iluminada por el brillo de dos lunas en lo más alto del cielo nocturno. Una ciudad en calma y en silencio. Demasiado. Aunque la razón decía que los ciudadanos de Stromgarde podían haberse retirado para pasar la noche, tampoco había ni rastro de la Séptima Legión o del ejército stromgardiano.

Jaina no tardó en darse cuenta del motivo. Pudo oírlo. A lo lejos, pero con claridad. Órdenes vociferadas sobre el ruido metálico de las armaduras de placas, el estruendo de muchas botas de acero que marchaban junto al trote de la caballería pesada. Y allí, saliendo de la ciudad tras la lejana muralla, tropas que formaban ordenadas hileras de antorchas mientras avanzaban en mitad de la noche hacia las posiciones de los orcos.

Jaina no perdió el tiempo. Debía detener a Marran antes de que fuese demasiado tarde.

Recogió su bastón del suelo, concentró su poder y se teletransportó fuera de la habitación.



Pero Aggra no se movió.

—Tú tienes tu misión —  
dijo—. Pero yo puedo  
hacer algo más. —Señaló el  
campo de batalla—. Puedo  
sentir que los elementos  
nos prestarán su ayuda  
para detener esta violencia,  
incluso si eso implica  
destrozar la mismísima  
tierra de las Tierras Altas.

Allí debo ir.



En lo alto de una cresta, a pocos kilómetros de Sentencia, Thrall desmontó con rapidez y se agachó para esconderse en las sombras de unas rocas altas desde las que se podía ver el campo de batalla. Se giró al oír el sonido de la montura de Aggra, que lo seguía cuesta arriba, y le hizo un gesto con la mano para que se reuniera con él en el refugio.

En su viaje desde Sentencia no habían encontrado a Geya'rah, aunque la búsqueda se había enfrentado a los escollos de la oscuridad y de la propia batalla. En aquel momento, mientras él y Aggra observaban la lucha que tenía lugar allí abajo, lo único que quería Thrall era detener el derramamiento de sangre de algún modo. Esa noche no eran solo guerreros los que morirían innecesariamente; también había civiles, gente corriente de ambos bandos que se había instalado en las Tierras Altas y que ahora se encontraba en medio de una lucha sangrienta y sin sentido.

—Go'el, ¡allí!

Thrall siguió la mano estirada de Aggra y sí, allí estaba Geya'rah. La líder Mag'har, todavía sobre su montura, estaría a medio kilómetro de distancia, más o menos. Armada con su hacha, luchaba contra un desventurado soldado stromgardiano que se había atrevido a acercarse demasiado. Cuando el hombre cayó, Geya'rah tiró de las riendas de su montura y luego desapareció colina abajo.

—Ven —dijo Thrall—. Debo llegar hasta ella.

Pero Aggra no se movió.

—Tú tienes tu misión —dijo—. Pero yo puedo hacer algo más. —Señaló el campo de batalla—. Puedo sentir que los elementos nos prestarán su ayuda para detener esta violencia, incluso si eso implica destrozar la mismísima tierra de las Tierras Altas. Allí debo ir.

Thrall puso cara de cautela. Aunque no dudaba de la habilidad de Aggra, conocía bien el caos de la batalla, y eran muchos los amigos que había perdido en el campo.

—¿Estás segura?

Aggra asintió mientras montaba sobre su lobo. En ese mismo instante, Thrall vio que la sorpresa le arrugaba el semblante justo antes de que le gritara:

—Go'el, ¡agáchate!

Hizo exactamente lo que le pedía Aggra y se agachó mientras notaba sobre su cabeza el rugido y el calor de las llamas. Echó un vistazo a la ladera: había un elemental de fuego lanzándose hacia un escuadrón de soldados de la Séptima Legión que avanzaba hacia ellos. Por orden de Aggra, el elemental de fuego explotó antes de alcanzar su objetivo, y la ola de choque resultante repelió a los humanos.

Una vez pasado el peligro inmediato, Thrall se levantó. Los aturdidos humanos rodaban por el suelo, gimoteando, mientras él volvía con Aggra.

—Supongo que no tengo de qué preocuparme —dijo, sorprendido al descubrir que no le había resultado fácil hacerle aquel cumplido. Sin lugar a dudas, Aggra contralaba los elementos con maestría, y él era...

Carraspeó. Aggra sonrió al verlo.

—Volverán a ti, am'osh. Igual que yo.

Thrall sonrió mientras veía a Aggra desaparecer en el fragor de la batalla. Entonces volvió a montar sobre su lobo y tomó las riendas.



Jaina se materializó de nuevo en la misma hondonada en la que Thrall y ella habían llegado por primera vez.

Se volvió sobre sí misma, con todos los sentidos pendientes de la batalla que se libraba a su alrededor. A su espalda, un escuadrón de la Séptima Legión —que se estaba recuperando por la sorpresa de su repentina llegada—, levantó las armas mientras aparecían Kor'kron guerreros a ambos lados tras la cresta. Los orcos lanzaron un grito de batalla lo bastante potente como para hacer que a Jaina le pitaran los oídos y cargaron cuesta abajo. Los humanos, a modo de respuesta, se prepararon para el combate.

Jaina se vio atrapada en el medio. Girando sobre las puntas de los pies, trazó un gran arco horizontal con el bastón. El cristal iluminó la hondonada con su magia mientras sus manos irradiaban escarcha y nieve. A su alrededor, salpicándolo todo, apareció un elemental de agua, y el globo de luz azul y rosa del tamaño de una manzana creció al instante para convertirse en un gigante hecho de energía. Avanzó rodando como una ola mientras empujaba tanto a humanos como a orcos para sacarlos de la hondonada.

Mientras corría cuesta arriba y conjuraba otro elemental, Jaina vio a una partida

de guerreros enzarzados en un feroz combate cuerpo a cuerpo.

Con el bastón iluminado, canalizó el poder Arcano. Quizá no fuera capaz de detener la batalla ella sola, pero haría todo lo posible para mantener a los combatientes separados y reducir el número de bajas.



Geya'rah recorrió el campo de batalla atravesando los campos de trigo de la Granja Go'shek sobre su montura. Sostuvo el hacha en alto para reunir a los Kor'kron mientras el ejército se desplegaba detrás de ella. La Séptima Legión estaba cerca de sus posiciones. Ya oía el estruendo de la batalla mientras los jinetes de avanzadilla de ambos bandos se enfrentaban en las oscurecidas colinas de las Tierras Altas de Arathi. Atacar por la noche era una locura y Geya'rah lo sabía, pero no esperaba menos de Marran Aterratrols.

Sin embargo, los destellos de colores que brillaban a lo lejos sí que habían sido una sorpresa. Mientras sus guerreros la rodeaban y se enfrentaban a sus enemigos en un sangriento combate, ordenó a su montura que se dirigiera a la cima de una colina cercana para poder observar las inmediaciones desde allí.

Vislumbró una maga que estaba inclinando la batalla a favor de los humanos.

«Jaina Valiente».

Geya'rah notó que la furia ardía en su interior. Parecía que la traición de la Alianza iba más allá de lo que su hermano podía imaginar. Pero ella le pondría fin a esta interferencia.

Con un grito de batalla, clavó los talones en su montura y cabalgó hacia la maga, pero al llegar a la cima de la siguiente colina, se dio cuenta, demasiado tarde, de que había cargado directamente hacia un ataque.

Primero vio el destello de luz, tan brillante como el primer fragmento del sol de la mañana, y luego al elemental de agua invocado por Jaina que se abalanzaba sobre ella, más y más grande a cada instante que pasaba hasta ocupar todo su campo visual. Geya'rah sabía que era demasiado tarde para intentar escapar, pero, aun así, tiró de las riendas de su montura haciendo que la bestia se girase y aullara a modo de protesta en un último intento por evitar el contacto.

El elemental la golpeó como un kodo desbocado, y cuando la criatura mágica desapareció en un destello de luz púrpura, Geya'rah cayó de su montura.



## SOBRE EL AUTOR

*Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del New York Times como Star Wars: Shadow of the Sith y Stranger Things: Darkness on the Edge of Town. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS Elementary y para la galardonada franquicia de videojuegos Dishonored. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics The Shield, ha trabajado como guionista para la serie Lazarus de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de Doctor Who de Big Finish. Adam ha contribuido a la antología del aniversario Star Wars: From a Certain Point of View, que es un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha escrito para el cómic Star Wars Adventures de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus obras originales se cuentan Made to Kill y The Burning Dark, por citar algunas. Su primera novela, Empire State, fue nombrada Libro del año por SciFi Now y el Financial Times.*